



**LA ARQUEOLOGÍA Y EL ESTUDIO DEL CONFLICTO ARMADO EN CONTEXTOS PREHISTÓRICOS E HISTÓRICOS:
UN ESTADO DE LA CUESTIÓN**

JUAN B. LEONI

(Universidad Nacional de Rosario – CONICET);

jbleoni@hotmail.com

RESUMEN

El estudio de la guerra y hechos de violencia grupal de distintos tipos y escalas ha experimentado un enorme crecimiento en la arqueología contemporánea. Aunque se los suele incluir bajo la denominación genérica de Arqueología del Conflicto, la misma dista mucho de constituir un campo unificado programáticamente. Por el contrario, existen varios subcampos que se diferencian notoriamente entre sí, siendo la división fundamental la determinada por el estudio de casos prehistóricos o históricos. El tipo de información disponible es lo que determina las diferencias en el abordaje teórico-metodológico, en el primer caso vinculándose con la antropología mientras que en el segundo se acerca más a la historia militar. En este trabajo se pasa revista al desarrollo de la Arqueología del Conflicto, recapitulando las principales posturas antropológicas en relación al estudio de la guerra, el estudio arqueológico de conflictos prehistóricos y la arqueología histórica de campos de batalla, así como proponiendo formas de lograr una mayor integración entre estos distintos campos disciplinares.

Palabras clave: Arqueología del Conflicto – guerra – campos de batalla – indicadores arqueológicos

ABSTRACT

Archaeology and the study of armed conflicts in prehistoric and historic contexts: a review

The study of warfare and of different types and scales of group violence has experienced an enormous growth in contemporary archaeology. Although these studies are frequently included under the generic label of Conflict Archaeology, this denomination is far from representing a programmatically unified field. On the contrary, several different subfields exist within it, showing differences in their theoretical and methodological approaches. The main division is defined by the gap between prehistoric and historic studies, and the different forms of evidence both rely on. While the former is closely linked to anthropology, the latter is more congruent with military history. In this work, I review the development of Conflict Archaeology, discussing the main anthropological theories that account for the causes of war, the archaeological investigation of prehistoric conflicts, and the historical archaeology of battlefields, as well as I briefly propose ways of overcoming the division and achieving a greater integration between these different subfields.

Key words: Conflict Archaeology –war – battlefields – archaeological indicators

Introducción

El estudio de la guerra y hechos de violencia grupal de distintos tipos y escalas experimenta una gran popularidad en la arqueología contemporánea. Englobados bajo la denominación genérica de Arqueología del Conflicto, arqueólogos de diversas nacionalidades se embarcan en la actualidad en el estudio de una gran variedad de temáticas relacionadas con estos fenómenos, tanto en contextos prehistóricos como históricos. Esta tendencia es paralela a la que ocurre en otras disciplinas sociales¹ y refleja un interés creciente existente en el público y la sociedad general en estas temáticas, manifestada abiertamente a partir de la década de los años 90 y en pleno auge en la actualidad. Si bien temáticas de tipo militar habían sido abordadas por la arqueología histórica y prehistórica anteriormente, por ejemplo señalando la presencia de evidencias de conflictos armados en el registro arqueológico, discutiendo la

¹ Por ejemplo, en la historia: Lorenz, Federico; "Introducción. Las guerras en la historia"; en Lorenz, Federico (ed.); *Guerras de la historia argentina*; Ariel; Buenos Aires; 2015. Vidal, Jordi; "Historia militar e historia de la guerra en el Próximo Oriente Antiguo"; en Vidal, Jordi y Antela-Bernárd, Borja (eds.); *La guerra en la Antigüedad desde el presente*; Libros Pórtico; Zaragoza; 2011.



presencia de guerreros a través del estudio de ajueres funerarios, o investigando sitios de función específicamente militar (por ejemplo, fuertes y fortines), es recién en las dos últimas décadas que la guerra como fenómeno sociocultural relevante, así como las formas específicas que toma su práctica en distintos contextos culturales, espaciales y temporales, comienza a concitar la atención sistemática de los investigadores y constituirse en un campo legítimo de indagación académica².

Sin embargo, y a pesar de la proliferación de estudios sobre temáticas bélicas, militares o violentas, la así llamada Arqueología del Conflicto dista mucha de constituir un campo unificado programáticamente en la actualidad. Por el contrario, existen varios subcampos dentro de la misma que se diferencian notoriamente entre sí tanto por sus enfoques teórico-metodológicos como por las vinculaciones que establecen con otras disciplinas, al punto de constituir, en la práctica, colectivos virtualmente autónomos y con poca o nula interacción mutua³.

A continuación se pasa revista al desarrollo de la Arqueología del Conflicto, discutiendo la delimitación del campo de estudio y la terminología empleada, recapitulando las principales posturas antropológicas en relación al estudio de la guerra y presentando las principales características que adquiere, en términos teóricos y metodológicos, el estudio arqueológico de los conflictos armados y la violencia grupal socialmente organizada y convalidada en contextos prehistóricos e históricos. Asimismo, se evalúan potenciales vías para mejorar la integración entre estos distintos subcampos disciplinares.

² En Argentina, esta tendencia comenzó a desenvolverse recién en la primera década del siglo XXI, cuando comienzan a hacerse comunes los simposios sobre temáticas de conflicto armado, armas y sitios militares en los Congresos Nacionales de Arqueología Argentina y los Congresos Nacionales de Arqueología Histórica, así como a multiplicarse las publicaciones y proyectos de investigación que se enfocan en fenómenos de este tipo (para un recuento más detallado, ver Landa, Carlos; "Arqueología de campos de batalla en Latinoamérica: apenas un comienzo"; en *Arqueología* 19, vol. 2; pp. 265-286. Landa, Carlos y Hernández de Lara, Odlaner (eds.); *Sobre campos de batalla: arqueología de conflictos bélicos en América Latina*; Aspha; Buenos Aires; 2014). Esta situación obedece probablemente en parte a la típica demora que suele ocurrir en la difusión de las novedades teóricas y metodológicas desde los centros productores del conocimiento académico hasta países como el nuestro, pero también a factores históricos específicos. En efecto, los profundos efectos sociales resultantes de la dictadura militar y la sensibilidad posttotalitaria que le siguió han hecho que todo lo relacionado con lo militar, y por añadidura cualquier interés de investigación vinculado con ello, sea visto como sospechoso ideológicamente o como anacrónico y poco justificable académicamente (Lorenz, Federico; "Introducción. Las guerras en la historia"; Op. Cit.; p. 22). Gradualmente, la creciente toma de conciencia de que existe una diferencia bien marcada entre la condena moral y política de la violencia y su estudio científico, han permitido que aquellos interesados en estos temas dejen de ser percibidos como "locos de la guerra" y que el estudio, análisis e interpretación de la violencia socialmente convalidada en el pasado pueda ser visto como una empresa académica legítima, poniendo a nuestro medio académico a tono con la tendencia internacional.

³ Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Bloomsbury; London & New York; 2013.



La delimitación del campo de estudio

La definición de un campo temático o disciplinar nuevo o diferenciado de otros dentro de una disciplina ya establecida es siempre una cuestión sujeta a amplios debates. En la actualidad se ha impuesto el término Arqueología del Conflicto como el más abarcador y el más empleado para abordar el estudio de hechos de violencia socialmente organizada y convalidada en el pasado⁴. Reemplaza a términos empleados anteriormente, tales como “arqueología militar” o “arqueología de la guerra”, y subsume bajo su definición a otros más específicos, tales como “arqueología de campos de batalla”, “arqueología del combate”, “arqueología de sitios militares”, “arqueología de campos de prisioneros”, “arqueología de lugares bajo ocupación militar”, entre muchos otros, que se enfocan en aspectos específicos y bien acotados de las situaciones de conflicto pretéritas. Como ha señalado Carlos Landa⁵, esta proliferación de términos refleja en parte la efervescencia propia de los momentos iniciales de conformación de un área temática o disciplinar, al buscar los investigadores involucrados establecer dominios de trabajo legítimos y consolidar sus propias reputaciones⁶. En todo caso, la mayor parte de las discusiones en torno a las denominaciones a emplearse tienden a centrarse en cuestiones de nomenclatura, y en algún caso en ciertas especificidades metodológicas propias del objeto de estudio (por ejemplo, arqueología de campos de batalla), pero en general no reflejan necesariamente enfoques teóricos diferenciados o antagónicos. Es esta situación la que lleva a algunos autores a oponerse a la creación de nuevos campos académicos dentro de una disciplina general ya lo suficientemente subdividida y especializada internamente, argumentando que esta proliferación de etiquetas puede resultar en última instancia negativa, llevando a crear compartimentos aislados entre sí y en los cuales las situaciones específicas estudiadas quedan separadas artificialmente de los contextos y procesos socioculturales generales en que se desarrollan⁷. Según esta perspectiva, que aquí compartimos, los estudios arqueológicos del conflicto, independientemente de si se emplee o no esta etiqueta, se verían enriquecidos si en vez de separarse en campos específicos, se integraran explícitamente

⁴ Carlson-Drexler, Carl G. “Conflict archaeology: studying warfare and aggression in historical archaeology”; en *The SAA Archaeological Record* 10; vol. 4; pp. 31-32; 2010; p. 31. Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.

⁵ Landa, Carlos; “Arqueología de campos de batalla en Latinoamérica...”; Op. Cit.; p. 267.

⁶ Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.; p. 12.

⁷ Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel: a view from the Late Prehispanic Andes”; en *The SAA Archaeological Record* 10; vol. 4; pp. 33-39; 2010; p. 33. Quesada Sanz, Fernando; “La “Arqueología de los campos de batalla”. Notas para un estado de la cuestión y una guía de investigación”; en *SALDVIE* 8; pp. 21-35; 2008; p. 21.



en los abordajes antropológicos más amplios que caracterizan a la arqueología, analizando la guerra y el conflicto armado en sus diversas formas, en su íntima vinculación con diversos aspectos de la sociedad y la cultura, incluyendo sus consecuencias, sus productos y los aspectos simbólicos relacionados, para obtener, en última instancia, una mejor apreciación de la capacidad humana para la violencia⁸. De esta manera, la denominación Arqueología del Conflicto podría aceptarse, en tanto serviría fundamentalmente para definir un campo temático diferenciado pero bien integrado en la disciplina general de la que forma parte.

Un problema asociado íntimamente con la denominación elegida es el de la delimitación del objeto de análisis. En efecto, una variedad de categorías estrechamente vinculadas entre sí, que aunque no constituyen sinónimos presentan una amplia superposición semántica y teórica, se invocan como foco de la Arqueología del Conflicto. Así, conflicto, guerra, violencia, agresión, suelen mezclarse e invocarse en las definiciones del campo analítico⁹. Si bien la vinculación es innegable, heurísticamente conviene acotar el tipo de actos violentos (y sus contextos y consecuencias) estudiados, limitándonos a la “guerra” en un sentido muy laxo, entendida como despliegues socialmente organizados y convalidados de violencia colectiva letal¹⁰. Sin embargo, aún cuando la guerra parece la forma de despliegue de violencia colectiva más conspicua, está lejos de constituir en sí misma un fenómeno unificado y homogéneo. De hecho, bajo este rótulo se puede encontrar una diversidad de formas, escalas e intensidades que adquiere la práctica bélica en distintos contextos socioculturales y temporales, involucrando medios materiales, lógicas y simbolismos muy distintos. Las discusiones en torno a la definición de “guerra” son bien conocidas y no es nuestro propósito revisarlas aquí, pero conviene resaltar que una definición amplia y poco restrictiva, como la arriba mencionada, resulta beneficiosa en tanto permite abordar una variedad de casos de actos y comportamientos violentos socialmente organizados, así como distintas formas de practicar la guerra, pero a la vez permite excluir comportamientos en apariencia similares pero que son distintos estructuralmente.

⁸ Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel...”; Op. Cit.; p. 34. Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.; p. 87-90. Gilchrist, Roberta; “Towards a social archaeology of warfare”; en *World Archaeology* 35; vol. 1; pp. 1-6.

⁹ Ver por ejemplo discusión en Ramos, Mariano; “Una de Las Arqueologías”: la “del conflicto” o “de la violencia”. Aspectos teóricos y epistemológicos. El caso de la Guerra del Paraná”; en Rodríguez Leirado, Eduardo y Schávelzon, Daniel (eds.); *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Histórica (Tomo 2)*; Editorial Académica Española; Saarbrücken.

¹⁰ Ferguson, R. Brian; “War before history”; en De Souza, Philip (ed.); *The Ancient World at war: a global history*; Thames and Hudson; Londres; 2008; p. 15. Carlson-Drexler, Carl G. “Conflict archaeology: studying warfare...”; Op. Cit. Thorpe, I.J.N. “Anthropology, archaeology, and the origin of warfare”; en *World Archaeology* 35; vol. 1; pp. 145-165.



De esta manera, quedarían excluidos otros tipos de actos violentos, tales como homicidios, asesinatos políticos, venganzas de sangre, castigos a crímenes comunes, sacrificios humanos de naturaleza religiosa, hechos de violencia doméstica, competencias semideportivas intragrupalmente violentas, entre muchos otros, así como formas de conflicto político y social que no necesariamente implican acción violenta armada y/o letal colectiva. Sin embargo, el hecho de que muchos de los antes enumerados tengan fuertes vínculos socioculturales con otros tipos de instituciones y prácticas violentas y que en ocasiones puedan escalar hacia otras formas de agresión grupal socialmente organizadas y convalidadas, hace que muchas veces este recorte heurístico resulte arbitrario y cuestionable. Si a esto agregamos que suele resultar en extremo difícil distinguir con precisión unos de otros en el registro arqueológico, especialmente en casos de estudio prehistóricos, debemos aceptar que los límites disciplinares planteados sólo pueden tener un carácter tentativo y deberían mantener un amplio grado de flexibilidad.

Independientemente de las definiciones y de las discusiones terminológicas, la Arqueología del Conflicto, como se la entiende en la actualidad, abarca una diversidad de temáticas, que incluyen tanto el estudio de lugares puntuales donde se combatió, como también las instalaciones relacionadas con el conflicto (tales como fortificaciones, campamentos militares, hospitales militares, campos de prisioneros), los cambios e innovaciones en tecnología, tácticas y organización militar, el impacto de la acción bélica en los no combatientes y sus consecuencias en la sociedad, las actividades extra-militares relacionadas con el conflicto, las resistencias a la militarización, cuestiones vinculadas con la representación simbólica de la guerra y su conmemoración, así como aspectos teóricos más generales, tales como los efectos de la guerra en el cambio cultural y en la configuración estructural de las sociedades, sus relaciones con el desarrollo de la complejidad social, entre muchos otros¹¹. Sin embargo, y a pesar que el alcance de la Arqueología del Conflicto es potencialmente muy abarcador, en términos espaciales, temporales y teóricos, resulta incuestionable que el campo está marcadamente dividido según se aborde el estudio de conflictos históricos o prehistóricos. En efecto, esta división es tan profunda que de hecho son muy escasos los arqueólogos que se dedican al estudio de conflictos de ambos tipos, y determina que la Arqueología del Conflicto diste mucho de constituir un campo unificado. Más bien, el campo académico está dividido de

¹¹ Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.; pp. 10-13.



hecho en dos o tres líneas bien diferenciadas, que muestran escasa o nula interacción y pocos puntos en común, más allá del interés general en el estudio del conflicto armado en el pasado. Varios autores han señalado cómo estos campos se diferencian entre sí, vinculándose a disciplinas específicas distintas, y mostrando intereses y enfoques de investigación muy variados¹².

La división fundamental, como ya se señaló, es la determinada por la distinción entre el estudio de casos prehistóricos e históricos, entendiendo dicha distinción meramente como dependiendo de la disponibilidad o no de fuentes escritas, sin otras implicancias sociales o culturales. El tipo de información de que se dispone en ambos casos es lo que determina, en buena medida, las diferencias en el abordaje, las teorías y los métodos empleados.

En el caso de la arqueología prehistórica, se abordan situaciones de conflicto del pasado fundamentalmente a través del análisis de evidencias indirectas de los mismos, tales como los cambios en los patrones de asentamiento y rasgos arquitectónicos de los sitios, información bioarqueológica, la presencia de armas y las representaciones iconográficas que describen acciones violentas o elementos relacionados¹³. Los investigadores que participan de este campo en general emplean abordajes basados en la teoría antropológica, analizando a la guerra en su relación con otros aspectos de la sociedad y la cultura. Es decir, el conflicto y la guerra se analizan en relación a cuestiones más generales y, de hecho, buena parte de los arqueólogos que trabajan este tipo de temáticas no han adoptado el término Arqueología de Conflicto, ni otras etiquetas comparables, considerándose a sí mismos simplemente como arqueólogos con orientación antropológica¹⁴. Por otra parte, como Elizabeth Arkush¹⁵ ha notado, al enfocarse en cuestiones socioculturales generales acerca del rol y significado de la guerra, no suelen estudiar o tomar en cuenta detalladamente el “cómo” de la guerra; es decir, las formas concretas de organización militar y de combatir en un período determinado, las armas y tácticas empleadas, las características de las fortificaciones, entre

¹² Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel...”; Op. Cit. Carlson-Drexler, Carl G. “Conflict archaeology: studying warfare...”; Op. Cit. Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.

¹³ Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit. Gilchrist, Roberta; “Towards a social archaeology of warfare”; Op. Cit. Haas, Jonathan; “Warfare and the Evolution of Culture”; en Douglas Price, T. y Feinman, Gary (eds.); *Archaeology at the Millennium: A Sourcebook*, Kluwer Academic/Plenum Publishers; New York; 2001. LeBlanc, Steven A.; “Early Neolithic warfare in the Near East and its broader implications”; en *Neo-Lithics* 1/10; pp. 40-49. Vencl, S; “War and warfare in archaeology”; en *Journal of Anthropological Archaeology* 3; pp. 116-132; 1984.

¹⁴ Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel...”; Op. Cit.; Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.

¹⁵ Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel...”; Op. Cit.; p. 33.



otros aspectos. Según Arkush¹⁶, este desconocimiento de aspectos militares básicos puede ser negativo, dado que, como la autora demostró en su estudio de la guerra en el Altiplano boliviano en el Período Intermedio Tardío (ca. 1000-1450 d.C.)¹⁷, los mismos pueden ser muy relevantes para responder preguntas de investigación de carácter antropológico.

En contraste con el caso anterior, el enfoque de la arqueología histórica dispone de evidencias más directas, lo que permite alcanzar un grado de detalle mucho mayor en el estudio de los conflictos estudiados. La disponibilidad de documentación escrita permite, por ejemplo, identificar lugares concretos donde se desarrollaron batallas, algo normalmente inaccesible para la arqueología prehistórica. La investigación, entonces, tiende a concentrarse en los campos de batalla y en los sitios que tuvieron función militar (campamentos, fuertes), buscando sobre todo reconstruir tecnología, tácticas y estrategias empleadas, organización militar, movimientos y desempeño de las fuerzas involucradas, aspectos logísticos, la modificación del paisaje para propósitos estratégicos, entre otros aspectos. Es decir, se enfoca en el “cómo” de la guerra propiamente dicho, más que en su contexto y consecuencias socioculturales¹⁸. La vinculación más clara aquí, entonces, no es con la antropología, sino con distintas variantes de la historia militar¹⁹, aunque cada vez más se apunta a incluir preocupaciones de índole sociocultural más generales, a tono con cambios que se han producido también en el seno de la historia militar²⁰.

¹⁶ Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel...”; Op. Cit.; p. 34

¹⁷ Arkush, Elizabeth; “Collapse, conflict, conquest: the transformation of warfare in the Late Prehispanic Andean Highlands”; en Arkush, Elizabeth N. y Allen, Mark W. (eds.); *The archaeology of warfare: prehistories of raiding and conquest*; University Press of Florida; Gainesville. Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel...”; Op. Cit.; Arkush, Elizabeth y Charles Stanish; “Interpreting conflict in the ancient Andes: implications for the archaeology of warfare”; en *Current Anthropology* 46; vol. 1; pp. 3-28.

¹⁸ Arkush denomina irónicamente a este tipo de abordajes como “enfoques History Channel”, dado que en cierta medida comparten la forma de ver la guerra de los shows de ese canal de documentales, señalando que “a pesar de sombrías declaraciones acerca del grave costo de la guerra, evocan vagamente la excitación que siente un niño pequeño ante un nuevo juego de soldaditos” (Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel...”; Op. Cit.; p. 33; traducción del autor). En la historia encontramos un paralelo similar, denominándose a enfoques de este tipo en la historia militar tradicional como de “drums and trumpets” (tambores y trompetas) (Brice, Lee L. y Roberts, Jennifer T.; “Introduction”; en Brice, Lee L. y Roberts, Jennifer T. (eds.); *Recent directions in the military history of the ancient world*; Publications of the Association of the Ancient Historian 10; Regina Books; Claremont; California; 2011; p. 3).

¹⁹ Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel...”; Op. Cit. Carlson-Drexler, Carl G. “Conflict archaeology: studying warfare...”; Op. Cit. Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit. Starbuck, David R; *The archaeology of forts and battlefields*; University Press of Florida; Gainesville; 2011.

²⁰ Brice, Lee L. y Roberts, Jennifer T.; “Introduction”; Op. Cit. Lorenz, Federico; “Introducción. Las guerras en la historia”; Op. Cit. Vidal, Jordi; “Historia militar e historia de la guerra...”; Op. Cit.



Finalmente, existe un campo más que sólo mencionaremos tangencialmente en este trabajo y es el definido por el estudio de conflictos recientes (siglo XX) o actuales. Este grupo de investigadores, de mucho peso en Europa y los Estados Unidos, dedica sus trabajos mayormente a cuestiones relacionadas con el relevamiento, preservación y restauración de sitios, campos de batalla e instalaciones militares de conflictos como la Primera y Segunda Guerras Mundiales, la Guerra Civil Española, la Guerra Fría, entre otros²¹. En este caso, las motivaciones que guían la investigación tienen que ver fundamentalmente con cuestiones de conmemoración y puesta en valor de lugares históricos, reflejando una combinación de interés gubernamental y demanda popular general. Sin embargo, en algunos casos esto se da en el marco de revisiones históricas profundamente cargadas de implicancias políticas y morales que trascienden el ámbito puramente académico, como es el caso de la recuperación e identificación de víctimas del franquismo en España²² o del estudio del colonialismo italiano en Etiopía²³. En casos como estos, la arqueología de los conflictos recientes adquiere un rol de fuerte compromiso político que busca recuperar historias silenciadas y construir narrativas alternativas²⁴. En esta última categoría entran también los estudios de fosas comunes y centros de detención clandestinos que resultan de guerras, genocidios o represión política, un campo muy desarrollado en Latinoamérica y en la Argentina en particular²⁵.

Arqueología de conflictos prehistóricos

Como se señaló más arriba, el estudio arqueológico de conflictos armados en contextos prehistóricos se vincula íntimamente con el estudio antropológico de la guerra, del cuál toma herramientas

²¹ Alonso González, Pablo; "Reflexiones en torno a una arqueología de la Guerra Civil: el caso de Laciana (León, España)"; en *MUNIBE (Antropología-Arqueología)* 59; pp. 291-312; 2008. Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit. González Ruibal, Alfredo; "Contra la pospolítica: arqueología de la Guerra Civil Española"; en *Revista Chilena de Antropología* 22; 2do Semestre; pp. 9-32; 2010. Pollard, Tony e Iain Banks; "Not so quiet on the Western Front: progress and prospect in the archaeology of the First"; en *Journal of Conflict Archaeology* 3; pp. iii-xvi; 2007; entre otros

²² González Ruibal, Alfredo; "Contra la pospolítica: arqueología de la Guerra Civil Española"; Op. Cit.

²³ González Ruibal, Alfredo; Fernández Martínez, Víctor M.; Falquina Aparicio, Álvaro; Ayán Vila, Xurxo y Rodríguez Paz, Anxo; "Arqueología del fascismo en Etiopía (1936-1941)". *EBRE* 38; Nº 4; pp. 233-254; 2010.

²⁴ González Ruibal, Alfredo; "Time to destroy: an archaeology of supermodernity"; en *Current Anthropology* 49; vol. 29; pp. 247-279; 2008.

²⁵ Ver entre otros: Fonderbrider, Luis; "Arqueología y Antropología forense: un breve balance"; en Funari, Pablo y Zarankin, Andrés (comps.); *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina*; Encuentro Grupo Editor; Buenos Aires. Salerno, Melisa; Zarankin, Andrés y Perosino, María C.; "Arqueologías de la clandestinidad. Una revisión de los trabajos efectuados en los centros de detención clandestinos de la última dictadura militar en Argentina"; en *Revista Universitaria de Historia Militar (Centro de Estudios de Historia Militar. Cádiz)* 1; vol. 2; pp. 1-36.; 2012.



teóricas de análisis e interpretación y aporta a la respuesta de sus interrogantes principales. A diferencia de la arqueología, que hasta los años 90 prestó poca o ninguna atención al estudio de la guerra como fenómeno en sí mismo, la investigación de la guerra y el conflicto armado tiene una larga historia en antropología²⁶. Es indudable que el polémico planteo de Lawrence Keeley²⁷ de que la antropología no sólo no se había ocupado del estudio de la guerra, sino que por el contrario había propagado una falsa doctrina de un mundo etnográfico y un pasado pacíficos (concepción que denominó críticamente como “el mito del salvaje pacífico”), ha actuado como un catalizador del interés arqueológico y antropológico en la guerra. Sin embargo, autores como R. Brian Ferguson²⁸ o Keith Otterbein²⁹, especialistas en la temática, pronto se ocuparon de refutar lo que consideraban afirmaciones simplistas de la postura de Keeley, tanto acerca de la supuesta pacificación ficticia del pasado y del mundo etnográfico por parte de la antropología, como su caracterización esquemática de la polémica entre *Hobbesianos* (que creen que la guerra es común en la sociedades primitivas pero que no tiene importancia práctica o consecuencias) y *Rousseauianos* (que entienden que la guerra puede tener beneficios materiales pero que es en general una ocurrencia rara entre las sociedades ágrafas). Por el contrario, estos autores demostraron cómo el debate en torno a las causas, intensidad y propósitos de la guerra en antropología es mucho más complejo y con más posiciones que las identificadas por Keeley. Según Otterbein³⁰, este debate había alcanzado un clímax entre las décadas de 1960 y 1980, período que denomina como la “Edad Dorada” de los estudios antropológicos sobre la guerra en sociedades etnográficas, precediendo largamente a los planteos críticos de Keeley. Sin embargo, el planteo de Keeley llegó en un momento en que el interés en este tipo de temáticas se reavivaba notablemente, tanto en ámbitos académicos como extra-académicos, y sin dudas sirvió para volver a poner la temática en el candelero, a reabrir y expandir el debate.

Dos preguntas clave han guiado en general el estudio antropológico de la guerra. Por un lado, la búsqueda del por qué se hace la guerra, formulándose distintas teorías para explicar sus causas. Por el otro,

²⁶ Otterbein, Keith F.; “A history of research on warfare anthropology”; en *American Anthropologist* 101; vol. 4; pp. 794-805; 1999.

²⁷ Keeley, Lawrence H.; *War before civilization: the myth of the peaceful savage*; Oxford University Press; Oxford; 1996.

²⁸ Ferguson, R. Brian; Review of *War before civilization: the myth of the peaceful savage*, by Lawrence Keeley; en *American Anthropologist* 99; vol. 2; pp. 424-425; 1997. Ferguson, Brian R.; “Archaeology, cultural anthropology, and the origins and intensification of war”; en Arkush, Elizabeth N. y Allen, Markus W. (eds.); *The archaeology of warfare: prehistories of raiding and conquest*; University Press of Florida; Gainesville; 2006.

²⁹ Otterbein, Keith F.; “A history of research on warfare...”; Op. Cit.

³⁰ Otterbein, Keith F.; “A history of research on warfare...”; Op. Cit.; pp. 798-800.



la determinación de cuándo comenzó y/o se generalizó la práctica de la guerra en la historia de la humanidad, que se responde con reflexiones teóricas apoyadas en diversas evidencias etnográficas, arqueológicas y bioantropológicas, así como en analogías con el mundo animal.

El por qué

En relación a la primera pregunta, las respuestas a las causas de la guerra se han agrupado en tres grandes posturas teóricas³¹. En primer término, aquellos investigadores, generalmente enrolados en líneas relacionadas con la psicología evolutiva y la sociobiología, que atribuyen la ocurrencia de la guerra entre los seres humanos a que la historia evolutiva de la especie muestra que una propensión hacia la violencia colectiva mejoró la posibilidad de transmitir genes directamente, más allá de cualquier consideración del bienestar material y sin importar los valores culturales³². Aspectos clave para la existencia de la guerra, tales como el etnocentrismo, la defensa de la territorialidad o la competencia reproductiva y por status, son descritos como fuertemente enraizados en la biología de la especie, incluso con antecedentes en nuestros ancestros prehumanos, y determinantes de que la guerra sea una práctica común en los distintos momentos de la historia humana. Este tipo de posturas ha sido muy criticado por diversas razones, entre ellas contradecir la evidencia etnográfica o emplearla de manera errónea para sostener la tesis de la agresividad innata; o sobreestimar las analogías con el comportamiento de grupos de primates no humanos agresivos como los chimpancés de Tanzania, en detrimento de otros más pacíficos como los bonobos³³.

Una segunda postura teórica agrupa a los investigadores que adoptan enfoques de tipo materialista para explicar los orígenes y la ocurrencia de la guerra. En general, estos autores sostienen que una práctica irracional y negativa como la guerra sólo se adopta cuando existe una necesidad acuciante de tierra, comida o algún otro recurso crítico, aún cuando las motivaciones que esgriman los participantes (o “causas

³¹ Ferguson, R. Brian; “War before history”; Op. Cit. Thorpe, I.J.N.; “Anthropology, archaeology, and the origin...”; Op. Cit.

³² Por ejemplo: Maschner, Herbert D.G. y Reedy-Maschner, Katherine L.; “Raid, retreat, defend (repeat): the archaeology and ethnohistory of warfare on the North Pacific Rim”; en *Journal of Anthropological Archaeology* 17; pp. 19-51; 1998. Wilson, Michael L. y Wrangham, Richard W.; “Intergroup relations in chimpanzees”; en *Annual Review of Anthropology* 32; pp. 363-392; 2003. Wrangham, Richard y Peterson, Dale; *Demonic males: apes and the origins of human violence*; Bloomsbury; Londres; 1996.

³³ Thorpe, I.J.N.; “Anthropology, archaeology, and the origin...”; Op. Cit.; pp. 148-149.



próximas”) sean muy distintas de las razones de fondo (o “causas estructurales”)³⁴. La guerra es entendida, entonces, como una herramienta para mantener o mejorar las condiciones materiales, y el sustento teórico proviene de diversas vertientes de teorías de evolución cultural, ecología y teoría del conflicto. Al igual que en el caso anterior, suelen invocarse diversos ejemplos etnográficos para contrarrestar este tipo de planteos, señalándose grupos que guerrearán aún cuando no se encuentran bajo condiciones de escasez de tierra o presión demográfica, sino más bien guiados por valores culturales específicos³⁵.

Finalmente, están las posturas que argumentan que las causas de la guerra no son universales sino que están determinadas por factores culturales y de contingencia histórica. Los autores enrolados en estas posturas sostienen que la guerra es la puesta en acto de valores y creencias características de un grupo particular, rechazando cualquier teoría unificadora y proponiendo en su lugar el examen de las circunstancias particulares de cada conflicto pero también de cada episodio de paz³⁶.

El cuándo

En relación a los comienzos de la guerra, los investigadores se agrupan en dos grandes facciones³⁷. Por un lado estarían los “halcones”, que sostienen que la guerra es un fenómeno de muy larga data en la historia humana, caracterizando a la humanidad en todo tiempo y lugar desde hace decenas o incluso cientos de miles de años. Por el otro, las “palomas”, que entienden que la guerra es más tardía, surgiendo entre el Neolítico y momentos posteriores, hace aproximadamente unos 8.000 a 5.000 años, y que el surgimiento de las primeras sociedades estatales es lo que estimula definitivamente su difusión hacia otros

³⁴ Ember Carol R. y Ember, Melvin; “Resource unpredictability, mistrust, and war: a cross-cultural study”; en *The Journal of Conflict Resolution* 36; vol. 2; pp. 242-262. 1992. Ferguson, Brian R.; “Archaeology, cultural anthropology, and...”; Op. Cit. Harris, Marvin; *Caníbales y reyes. Los orígenes de la cultura*; Salvat Editores; Barcelona; 1986. Otterbein, Keith F.; *How war began*; Op. Cit. Vayda, Andrew P.; “War in ecological perspective”; en *Annual Review of Ecology and Systemics* 5; pp. 183-193; 1974.

³⁵ Thorpe, I.J.N.; “Anthropology, archaeology, and the origin...”; Op. Cit.; pp. 149-150.

³⁶ Clastres, Pierre; *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas*; Fondo de Cultura Económica; México; 2004[1977]. Gayubas, Augusto; “Pierre Clastres y los estudios sobre la guerra en las sociedades sin estado”; en *Revista de Antropología* 22; pp. 99-123; 2010. Nielsen, Axel E. y Walker, William H.; “Introduction: the archaeology of war in practice”; en Nielsen, Axel E. y Walker, William H. (eds.); *Warfare in Cultural Context: Practice, Agency, and the Archaeology of Violence (Amerind Studies in Archaeology)*; University of Arizona Press; Tucson; 2009.

³⁷ Otterbein, Keith F.; *How war began*; Texas A&M University Press; Collage Station; 2004.



grupos agricultores y cazadores³⁸. Las evidencias arqueológicas y bioantropológicas de conflictos armados tempranos, por su parte, son variadas, aunque por su carácter en general fragmentario, suelen estar sujetas a una diversidad de interpretaciones acerca de lo que realmente representan y no apoyan decisivamente a ninguna de las dos grandes facciones teóricas mencionadas.

Existen diversas evidencias de violencia en el registro fósil correspondiente al Paleolítico Inferior y Medio. En efecto, en varios sitios del Viejo Mundo (por ejemplo, el complejo de Atapuerca, España; Krapina, Croacia; Cueva del Hortus y Moula-Guercy, Francia) se han hallado huesos de distintos representantes del género *Homo* (tales como *Homo antecessor*, *Homo erectus*, *Homo sapiens neanderthalensis* y *Homo sapiens sapiens*) con diversas heridas traumáticas, a veces entremezclados con restos de fauna o con marcas de corte, que han llevado a interpretarlos como evidencia de la práctica del canibalismo por parte de esas poblaciones³⁹. Estas interpretaciones distan, en general, de ser unánimemente aceptadas, y aún si fuesen el correlato de canibalismo, no puede aseverarse si se trataba de un canibalismo ritual, por una necesidad alimentaria o como parte de conflictos intra o intergrupales. Incluso una evidencia aparentemente incuestionable de un claro evento de violencia interpersonal letal, como el identificado recientemente en el sitio Sima de los Huesos (Atapuerca, España, 435.000 años de antigüedad) correspondiente al cráneo de un individuo de la línea evolutiva que lleva a los neandertales con dos heridas traumáticas mortales en la parte frontal del cráneo, no puede tomarse tampoco como evidencia incuestionable de la existencia de conflictos armados⁴⁰.

En el Paleolítico Superior las evidencias parecen multiplicarse. Varios sitios muestran que se recurría a la violencia y al asesinato (por ejemplo, Grimaldi, Italia, 25.000-22.000 años atrás; San Teodoro, Italia,

³⁸ El propio Otterbein no se adscribe a ninguna de las dos posturas, aduciendo que la evidencia arqueológica no apoya a ninguna de las dos. En su lugar propone un complejo esquema en el que el desarrollo de la guerra sigue dos caminos paralelos. Uno se origina en la caza mayor, y consiste en grupos de cazadores trabajando en conjunto en el acecho de grandes animales, ocasionalmente atacando a miembros de otros grupos de cazadores; este modo de guerra se basa en emboscadas e incursiones sobre todo. El otro se origina en grupos que basan su subsistencia en la recolección y luego se hacen sedentarios domesticando plantas; no muestran agresión intergrupal significativa pero es en las regiones donde habitan que se desarrollan los primeros estados y una vez que surgen éstos, surge un modo de guerra que se basa en batallas y asedios, con ejércitos formalmente constituidos (Otterbein, Keith F.; "A history of research on warfare..."; Op. Cit. Otterbein, Keith F.; *How war began*; Op. Cit.).

³⁹ Ferguson, R. Brian; "War before history"; Op. Cit. Guilaine, Jean y Zammit, Jean; *El camino de la Guerra. La violencia en la prehistoria*; Editorial Ariel; Barcelona; 2002; Cap. 2. Thorpe, I.J.N.; "Anthropology, archaeology, and the origin..."; Op. Cit.

⁴⁰ Sala, Nohemi; Arsuaga, Juan L.; Pantoja-Pérez, Ana; Pablos, Adrián; Martínez, Ignacio; Quam, Rolf M.; Gómez-Olivencia, Asier; Bermúdez de Castro; José M. y Carbonell, Eudald; "Lethal interpersonal violence in the Middle Pleistocene"; en *PLoS ONE* 10; vol.5; e0126589.doi:10.1371/journal.pone.0126589. (acceso junio de 2015).



12.000 años atrás; Montfort, Francia, 13.000-8.000 años atrás; la cueva de Maszycka (Polonia; 14.000–15.800 años atrás)⁴¹, pero no son suficientes por sí mismas para demostrar la existencia de un estado de guerra frecuente o extendido. Un caso paradigmático en los estudios arqueológicos de la guerra es el de Djebel Sahaba, una necrópolis con 58 individuos (adultos de ambos sexos y niños), ubicado en Sudán y que data de 12.000-10.000 a.C., es decir, los finales del período conocido como Paleolítico Superior en el Viejo Mundo (también denominado “Epipaleolítico”). Veinticuatro de estos esqueletos estaban asociados con artefactos líticos interpretados como partes de los proyectiles que les causaron heridas mortales. Este sitio es frecuentemente citado como la evidencias más antigua de los efectos de una guerra, reflejando una población atacada más que un combate entre hombres adultos de distintas comunidades. Se ha postulado incluso, que la causa de esta violencia grupal indiscriminada estaría en la competencia por territorios ricos en recursos a orillas del Nilo. Sin embargo, esta interpretación no es universalmente aceptada e incluso se ha afirmado que ni siquiera es concluyente la evidencia de la presencia de actos violentos y que bien podría explicarse como el correlato de rituales funerarios específicos⁴².

Para el período conocido como Mesolítico en Europa (caracterizado por la existencia de grupos de cazadores-recolectores de amplio espectro y por la gran variabilidad de estrategias adaptativas empleadas), existe una gran cantidad de ejemplos de entierros con individuos con puntas clavadas, aunque se trata en general de casos puntuales de violencia interpersonal y no de posibles correlatos de violencia colectiva. Según autores como Jean Guilaine y Jean Zammit⁴³, esto reflejaría el incremento en los conflictos territoriales, siendo lugares especialmente disputados aquellos territorios fronterizos naturales, que proporcionaban abundantes recursos alimenticios sin necesidad de recorrer grandes distancias. Según SI VencI⁴⁴, uno de los primeros arqueólogos en ocuparse formalmente del estudio de la guerra, sería el Mesolítico el candidato más factible para situar los orígenes de la guerra. En efecto, es en estos momento que se produce un cambio climático global hacia condiciones más favorables, los recursos se vuelven más

⁴¹ Ferguson, R. Brian; “War before history”; Op. Cit.; Guilaine, Jean y Zammit, Jean; *El camino de la Guerra...*; Op. Cit. Thorpe, I.J.N.; “Anthropology, archaeology, and the origin...”.

⁴² Ferguson, R. Brian; “War before history”; Op. Cit.; p. 25. Guilaine, Jean y Jean Zammit; *El camino de la Guerra...*; Op. Cit.; pp. 86-90. Thorpe, I.J.N.; “Anthropology, archaeology, and the origin...”; Op. Cit.; p. 152.

⁴³ Guilaine, Jean y Zammit, Jean; *El camino de la Guerra...*; Op. Cit.

⁴⁴ VencI, SI; “War and warfare in archaeology”; Op. Cit.



predecibles y estables permitiendo la existencia de territorios mejor definidos, lo que se combina con un crecimiento demográfico marcado que limita los movimientos y acelera la diferenciación cultural entre grupos, creando así las condiciones básicas para la proliferación de disputas sobre límites o recursos.

Evidencias tempranas similares ocurren también fuera del Viejo Mundo. En el continente americano destaca el famoso esqueleto denominado “Hombre de Kennewick” (noroeste de los EEUU, *ca.* 7.500 a.C.), que presentaba restos de una punta de proyectil lítica clavada en el ilion, así como varias fracturas y evidencia de daño muscular⁴⁵. En el norte de Australia, existe arte rupestre que ha sido datado en 8.000 a.C. que describe detalladas escenas de combates entre grupos de cazadores-recolectores, aunque no puede descartarse que se trate de representaciones idealizadas de combates, mitos o que tengan significados metafóricos, más que reflejar eventos reales de guerra⁴⁶.

En términos generales, la evidencia arqueológica de eventos violentos en momentos tempranos de la historia de la humanidad no presta sustento definitivo a ninguna de las teorías de la guerra tradicionales ni puede ser explicada por ningún modelo generalizador. El registro arqueológico no demuestra de manera concluyente el nivel de violencia constante que plantean las perspectivas biologicistas ni los argumentos defendidos por los “halcones”, sino más bien una oscilación muy variable, con el predominio de eventos episódicos o localizados. Tampoco permite inferir con certeza que la guerra estuviese ausente, pero dada la rareza de los casos identificados y su dispersión espacial y temporal la idea de que la guerra era endémica resulta poco defendible. Esta situación cambia notablemente en el Neolítico, que implica un cambio cultural profundo, con la adopción de prácticas productivas como base de la subsistencia y una serie de transformaciones marcadas en la organización sociopolítica y demográfica de los grupos humanos. En efecto, se multiplican los sitios con evidencias de hechos de violencia colectiva, incluso dirigidos contra comunidades enteras, tales como Talheim (Alemania, 5.000 a.C) donde se encontraron 34 individuos (18 adultos, 16 niños) apilados y con signos de muerte violenta y simultánea. Sitios como Asparn-Schletz (Austria, 5.000 a.C) o Herxheim (Alemania, 5.300-4.950 a.C.), también presentan evidencias de violencia

⁴⁵ Chatters, James C.; “Kennewick Man”; en *Artic Studies Center. The National Museum of Natural History. Smithsonian Institution*; 2004. http://www.mnh.si.edu/arctic/html/kennewick_man.html (acceso abril de 2015)

⁴⁶ Taçon, Paul y Chippindale, Christopher; “Australia’s ancient warriors: changing depictions of fighting in the rock art of Arnhem Land, N.T.”; en *Cambridge Archaeological Journal* 4; vol. 2; 1994; p. 217.



indiscriminada contra grupos específicos, tal vez reflejando una competencia feroz por tierras de cultivo aptas, los efectos de la presión demográfica o la popularización de nuevas formas de resolución de tensiones intra e intergrupales⁴⁷. Ejemplos comparables existen en otras partes del Viejo Mundo, como por ejemplo Qermez Dere (Irak, 8.000 a.C.) o Icel (Turquía, 4.300 a.C.), que atestiguan a la expansión de la guerra en el Medio Oriente⁴⁸. Evidencias como estas han llevado a que algunos autores⁴⁹ consideren a estos momentos de la historia de la humanidad como un punto donde la guerra se vuelve común y extendida, afectando de manera mucho más profunda la vida, organización y evolución de la sociedad. La multiplicación demográfica y sedentarización asociadas con el Neolítico, vinculadas con la acumulación de propiedad y provisiones, crearía las condiciones básicas para los ataques para robar y esclavizar a otros grupos.

Finalmente, otros autores, como el ya citado Ferguson⁵⁰, aún cuando reconocen que la guerra ha existido desde momentos tempranos de la historia humana, entienden que la misma sólo se extendió y generalizó con el surgimiento de sociedades estatales y urbanas. Muchas de éstas no sólo se convirtieron en sofisticadas maquinarias bélicas, sino que fomentaron directa o indirectamente la proliferación de la guerra más allá de sus fronteras, obligando a que sociedades no estatales ubicadas en sus periferias (o la “zona tribal”) adoptaran formas de organización guerreras. Según Ferguson, este proceso alcanzó su máxima expresión con la expansión colonial de la sociedad europea moderna y, según él, gran parte de la violencia intergrupala registrada por etnógrafos en todo el mundo y que suele emplearse como evidencia de lo extendido de la guerra como fenómeno cultural, de hecho puede explicarse como resultado de esta expansión.

Sea como fuere, esta breve recapitulación de evidencias e interpretaciones demuestra que la existencia de hechos violentos de carácter social parece ser muy temprana en la historia humana, pero que esta misma evidencia no permite determinar con certeza cuándo comenzó realmente la guerra como

⁴⁷ Guilaine, Jean y Zammit, Jean; *El camino de la Guerra...*; Op. Cit.

⁴⁸ ver Ferguson, R. Brian; “War before history”; Op. Cit. Keeley, Lawrence H.; *War before civilization...*; Op. Cit.

⁴⁹ Guilaine, Jean y Zammit, Jean; *El camino de la Guerra...*; Op. Cit. Haas, Jonathan; “Warfare and the Evolution of Culture”; Op. Cit. Keeley, Lawrence H.; *War before civilization...*; Op. Cit. LeBlanc, Steven A.; “Early Neolithic warfare...”; Op. Cit.

⁵⁰ Ferguson, Brian R.; “Archaeology, cultural anthropology, and...”; Op. Cit. Ferguson, R. Brian; “War before history Op. Cit.



fenómeno sociocultural, ni afirmar si la misma fue endémica o no durante todo este extenso lapso temporal. Los estados de guerra parecen ser intermitentes más que constantes, apareciendo en momentos determinados en la secuencia histórico-cultural de cada región. Asimismo, la enorme variedad (en términos temporales, espaciales y contextuales) de evidencias arqueológicas implicaría que existe una gran variabilidad en la naturaleza y la frecuencia de la guerra⁵¹. Es decir, que es poco probable que una teoría unificadora pueda dar cuenta de todas las formas y casos de guerra prehistórica conocidos⁵². Parece más correcto pensar que la guerra resulta de una amplia combinación de variables económicas, demográficas, ambientales, culturales, sociales, políticas e ideológicas, y que cada caso específico debe estudiarse detalladamente antes de subsumirse bajo alguna de las teorías generales arriba discutidas.

El cómo

Desde que la arqueología prehistórica vuelca su interés hacia el estudio de la guerra como un fenómeno sociocultural relevante a partir de los años 90, comienzan a sistematizarse las formas de abordar su estudio. Una cuestión fundamental consiste en definir maneras confiables de identificar la guerra arqueológicamente; es decir, determinar qué tipos de evidencia primaria o indicadores arqueológicos pueden considerarse el correlato material de su presencia. Como se ha señalado reiteradamente⁵³, las dificultades que enfrenta el abordaje arqueológico de la guerra consisten fundamentalmente en que algunos de sus aspectos no son materiales y por lo tanto no entran al registro arqueológico (por ejemplo, negociaciones políticas y diplomáticas, distintos tipos de organizaciones guerreras y militares, ideología de la guerra, motivaciones personales de los combatientes, etc.), la naturaleza de algunos de ellos no los hace proclives a preservarse en el registro (por ejemplo, armas fabricadas de materiales orgánicos) y que no suelen concentrarse en grandes densidades (por ejemplo, es poco posible hallar campos de batalla). Como

⁵¹ Otterbein, Keith F.; "A history of research on warfare..."; Op. Cit.; p. 802.

⁵² Ferguson, R. Brian; "War before history"; Op. Cit.; p. 24.

⁵³ Por ejemplo: Gilchrist, Roberta; "Towards a social archaeology of warfare"; Op. Cit. Haas, Jonathan; "Warfare and the Evolution of Culture"; Op. Cit. Vendt, SI; "War and warfare in archaeology"; Op. Cit.



sostiene Jonathan Haas⁵⁴, el registro arqueológico tiene un doble carácter con respecto al estudio de la guerra. Por un lado, es restringido porque, por las razones antes mencionadas, es incompleto y fragmentario en relación a las evidencias que sobreviven al paso del tiempo. Pero por el otro, está libre de los sesgos que suelen presentar las fuentes escritas y orales que emplea la historia; esto permite, según él, que la arqueología se enfoque sólo en los patrones materiales hallados y en explicarlos científicamente. Es con esta dualidad que debe lidiar la arqueología en el estudio de los conflictos prehistóricos, pero aún así está en condiciones de hacer aportes relevantes a la comprensión de estos fenómenos, con la capacidad única que posee la arqueología de abordar procesos de larga duración y caracterizar los contextos socioculturales en los que los conflictos se desarrollaron⁵⁵.

Existe un consenso generalizado entre los arqueólogos que estudian los conflictos armados prehistóricos acerca de cuáles son los indicadores arqueológicos o tipos de evidencia primaria para identificarlos⁵⁶. Sin embargo, la presencia de uno o varios de ellos no basta por sí misma para deducir con seguridad la presencia de la guerra. Es en la ocurrencia simultánea de varios de estos indicadores, combinada con información contextual que pueda contribuir a dar sentido a esta ocurrencia, cuando puede comenzar a hablarse de la potencial existencia de conflictos armados en un momento del pasado. Paradójicamente, la ausencia de estos indicadores o de varios de ellos tampoco permite descartar la presencia de la guerra o evidenciar automáticamente estados de paz, tanto por las razones señaladas en el párrafo anterior como por el hecho de que los conflictos armados intra e intergrupales pueden tomar formas, escalas e intensidades muy variables. En términos generales, los indicadores arqueológicos del conflicto se agrupan en cuatro grandes conjuntos: modificaciones en los asentamientos, armamentos y parafernalia de uso bélico, evidencias osteoarqueológicas y descripciones iconográficas.

A nivel de los asentamientos, la existencia de estados de beligerancia suele manifestarse en la

⁵⁴ Haas, Jonathan; "Warfare and the Evolution of Culture"; Op. Cit.; pp. 3-4.

⁵⁵ Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.; Haas, Jonathan; "Warfare and the Evolution of Culture"; Op. Cit.

⁵⁶ Para una visión crítica ver: Wileman, Julie; *War and rumours of war: the evidential base for the recognition of warfare in prehistory*; BAR International Series 1984; Archaeopress; Oxford; 2009.



reorganización de los mismos, tanto a nivel interno como regional⁵⁷. La presencia de fortificaciones (desde simples empalizadas o muros parciales, hasta voluminosas murallas perimetrales con bastiones y reductos) para defender los asentamientos, la construcción de puestos de vigilancia, la selección de emplazamientos fácilmente defendible (por ejemplo, lugares altos o de acceso dificultado por rasgos topográficos naturales) o que permiten controlar vías de circulación importantes, el establecimiento intencional de conexiones visuales entre distintos asentamientos, la concentración de la población en poblados o centros de mayor tamaño y el surgimiento de “tierras de nadie” entre conjuntos de asentamientos bien diferenciados, son algunas de las características más típicas que evidencian estados de conflicto. El hecho de que la gente invierta energía y acepte las desventajas asociadas con muchas de estas transformaciones (por ejemplo, hacinamiento, tensiones sociales y problemas de salud derivadas de ello, lejanía de los lugares productivos, etc.) refleja en buena medida la percepción que tenía la gente de las amenazas que enfrentaba. Finalmente, en ocasiones el hallazgo de estructuras quemadas o intencionalmente destruidas constituye evidencia más directa, no sólo de los conflictos mismos sino del fracaso de las medidas defensivas tomadas ante su presencia, aunque resulta siempre complejo diferenciar con certeza actos de destrucción violenta de eventos accidentales o rituales de clausura o abandono de lugares específicos. Ni siquiera el hallazgo de fosas comunes con gran cantidad de individuos de distintas edades y sexo con signos de muerte violenta, que podría reflejar la destrucción física de una comunidad completa, es siempre evidencia incuestionable de conflictos armados, existiendo casi siempre potenciales interpretaciones alternativas. Es su recurrencia o la combinación con otros tipos de indicadores la que suele servir de argumento para postular su carácter de evidencia de ataques o masacres en el marco de enfrentamientos bélicos.

La presencia significativa de armas específicas para la guerra, tales como proyectiles especializados, espadas, mazas o porras, o de elementos de defensa corporal como escudos, cascos, petos y armaduras, suele ser otro indicador claro de la existencia de estados de conflicto. Sin embargo, la arqueología enfrenta el problema de que muchas de estas armas o partes de ella han sido confeccionadas en materias orgánicas de poca supervivencia en el registro arqueológico (por ejemplo, madera o hueso), y por lo tanto tienden a

⁵⁷ Haas, Jonathan; “Warfare and the Evolution of Culture”; Op. Cit. Lambert, Patricia; “The archaeology of war: a North American perspective”; en *Journal of Archaeological Research* 10; vol. 3; pp. 207-241; 2002; Vencl, Sl; “War and warfare in archaeology”; Op. Cit.



estar subrepresentadas. Asimismo, pueden emplearse como armas herramientas concebidas con otros usos primarios (tales como hachas, azadas, puntas de flecha) dificultándose su interpretación correcta a menos que se considere su uso en combinación con otras líneas de evidencia. Finalmente, elementos que se definen como armas (por ejemplo, hachas, dagas) pueden en realidad no haber servido como tales, sino haberse usado como emblemas de rango o atributos de prestigio. Todas estas cuestiones hacen que la supuestamente evidente en sí misma presencia de armas no sea en realidad un tipo de información tan inequívoca como podría suponerse en primera instancia⁵⁸.

La evidencia osteoarqueológica suele ser una vía muy útil para identificar situaciones de conflicto violento pretérito⁵⁹. La presencia de fracturas en antebrazos (conocidas como “parry fractures”) o en la parte frontal y lateral del cráneo, marcas de corte producto de la extracción del cuero cabelludo o de otros tipos de mutilación o toma de trofeos corporales, la distribución sesgada en términos de edad y sexo en la población funeraria (por ejemplo, con la sobrerrepresentación de hombres adultos de edad apropiada para el combate), suelen ser típicamente interpretadas como correlatos de conflictos. Pero también aplican limitaciones y ambigüedades en estos casos. Por ejemplo, las heridas en tejidos blandos no suelen ser identificables en los esqueletos, los caídos en combate pueden ser enterrados lejos de sus hogares y por lo tanto no recuperados, distintas prácticas funerarias y de tratamiento de los cuerpos (como la cremación), son todos factores que pueden afectar la conservación de las evidencias. Asimismo, la mera presencia de heridas traumáticas no basta para demostrar agresión intergrupala, pues puede ser resultado de múltiples factores, tales como violencia individual, castigos de crímenes, accidentes o actividades laborales, entre otras. Sólo su recurrencia sugiere intenciones y acciones letales más allá de la esfera doméstica o civil.

Finalmente, las representaciones iconográficas constituyen otra línea de evidencia potencial para abordar los conflictos armados del pasado⁶⁰. El arte rupestre, la decoración de cerámicas y textiles, los murales decorativos, las esculturas, son algunos de los diversos medios empleados en el pasado para

⁵⁸ Haas, Jonathan; “Warfare and the Evolution of Culture”; Op. Cit. Lambert, Patricia; “The archaeology of war...”; Op. Cit. Thorpe, I.J.N. “Anthropology, archaeology, and the origin...”; Op. Cit. Vencl, SI; “War and warfare in archaeology”; Op. Cit.

⁵⁹ Haas, Jonathan; “Warfare and the Evolution of Culture”; Op. Cit. Lambert, Patricia; “The archaeology of war...”; Op. Cit. Vencl, SI; “War and warfare in archaeology”; Op. Cit.

⁶⁰ Lambert, Patricia; “The archaeology of war...”; Op. Cit. Thorpe, I.J.N.; “Anthropology, archaeology, and the origin...”; Op. Cit.; Vencl, SI; “War and warfare in archaeology”; Op. Cit.



representar aspectos relacionados con la guerra. Si bien pueden aportar información relevante sobre el aspecto y uso de las armas y de las formas de combatir, su interpretación debe ser siempre cuidadosa, en tanto no siempre es completamente claro si reflejan literalmente hechos reales o bien refieren a personajes y relatos míticos.

En el aspecto teórico, en términos generales han sido los enfoques materialistas los que han sido más aplicados en arqueología prehistórica y los que han logrado articular interpretaciones convincentes de situaciones de conflicto pasadas con el apoyo en evidencias de distinto tipo, tanto los indicadores arriba discutidos como información contextual diversa (por ejemplo, información paleoclimática), permitiéndoles profundizar en las causas de los eventos violentos estudiados. Así, por ejemplo, el trabajo de Douglas Bamforth⁶¹ acerca de la guerra en las Grandes Planicies de los Estados Unidos antes del contacto con los europeos, logra demostrar que la guerra era endémica y producida en respuesta sobre todo a condiciones ambientales fluctuantes y a un desbalance ente población y recursos. Su análisis del sitio Crow Creek (Dakota del Sur, *ca.* 1325 d.C.) reconstruye con gran detalle un ejemplo de guerra destructiva en el que una comunidad fue completamente destruida y sus habitantes masacrados. El hecho de que muchos de los individuos mostraran signos de haber experimentado malnutrición en el curso de sus vidas, combinado con el uso de información paleoambiental, le permite construir un cuadro de aridez creciente que complicaba la práctica de la agricultura. Esto, combinado con la llegada de nuevos grupos a la zona, habría creado condiciones de competencia intergrupal por el acceso a tierras de labranza que estallaban en episodios de gran violencia. Si bien no descarta que otros factores culturales y psicológicos hayan intervenido como causas de la guerra, considera que su influencia no puede ser evaluada al no ser visibles arqueológicamente.

Por su propia naturaleza, los otros enfoques, en particular los culturalistas, son muy difíciles de aplicar a casos arqueológicos, a no ser que se disponga de información escrita o de que se haga un uso sustancial de la analogía etnográfica o etnohistórica, con los conocidos riesgos que esto conlleva. Un ejemplo de un abordaje de este tipo está bien representado por el trabajo de Axel Nielsen⁶² sobre el estado

⁶¹ Bamforth, Douglas B.; "Indigenous people, indigenous warfare: precontact warfare on the North American Great Plains"; en *Man, New Series*; 29, vol. 1; pp. 95-115; 1994.

⁶² Nielsen, Axel E.; "Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico"; en *Boletín del Museo Chileno de*



de guerra endémica existente en la región de los Andes meridionales entre los siglos XIII y XV d.C. Tras criticar a los enfoques materialistas por emplear premisas de sentido común cuyas raíces y modos de operar se encuentran fuera de lo que la gente hace realmente y de la materialidad de estas acciones, se propone entender a la guerra como práctica que debe considerarse según una lógica cultural específica, para poder comprender sus consecuencias sociales. Esto implica necesariamente explorar significados e implicancias que la guerra pudo tener para la gente a través del análisis de objetos vinculados a la guerra. En suma, busca comprender lo que significó la guerra para la gente en el pasado, no para nosotros en el presente. Empleando un abordaje semiótico, complementado por un extensivo uso de referencias y analogías etnohistóricas, Nielsen explora el significado de una serie de armas y objetos (placas metálicas, hachas, hondas, pukaras y trompetas, cabezas cercenadas) que funcionaban como “metáforas guerreras”, revelando “una trama de vínculos significantes que relacionan la guerra con otros conceptos y dominios semánticos tales como la fertilidad, autoridad, transmutación y ancestralidad”⁶³.

En todo caso, lo que se ha pretendido mostrar con esta breve reseña es que el estudio arqueológico de la guerra prehistórica es extremadamente complejo y requiere de una amplia información específica y contextual, si es que se quiere trascender la mera identificación de la existencia de conflictos para profundizar en el entendimiento de las causas y consecuencias de su existencia. Aún así, puede afirmarse que la arqueología está en condiciones de contribuir significativamente al estudio de este fenómeno sociocultural, proveyendo información acerca de sus orígenes y evolución, y aportando una perspectiva diacrónica de las causas y efectos de la guerra en diferentes clases de sociedades, en contextos temporales y espaciales distintos a los que están presentes en el registro etnográfico e histórico.

Arqueología del conflicto en contextos históricos

El estudio de conflictos armados ha experimentado un notable aumento en el marco de la arqueología histórica en las últimas dos décadas y tiene dos grandes ramas. Por un lado, el estudio de sitios de carácter

Arte Precolombino 12; vol. 1; pp. 9-41; 2007.

⁶³ Nielsen, Axel E.; “Armas significantes: tramas culturales, guerra y ...”; Op. Cit.; p. 23.



militar tales como fuertes, guarniciones, hospitales militares, etc., tiene una larga tradición en la arqueología histórica. Sin embargo, en muchos casos se los ha abordado haciendo las mismas preguntas acerca de la vida y actividades de sus ocupantes que en sitios no militares (por ejemplo, diferencias de status entre sus ocupantes en función del consumo de alimentos y uso de cultura material, vinculación con mercados extralocales, intercambio con grupos indígenas, entre otras) o bien en función de reconstrucciones y puestas en valor como lugares educativos y/o turísticos⁶⁴, y no concentrándose tanto en las cuestiones más directamente vinculadas a la guerra u otros aspectos militares. Esta situación ha cambiado notablemente en los últimos años, trascendiéndose las simples caracterizaciones descriptivas para, en su lugar, apuntar sobre todo a recuperar la memoria, experiencia y formas de vida de los soldados ordinarios, algo en general poco tratado en los documentos y narrativas históricas tradicionales⁶⁵.

Sin embargo, es el surgimiento de otra rama de estudios completamente novedosa, el estudio arqueológico de campos de batalla, lo que caracteriza mayormente a la Arqueología del Conflicto en contextos históricos en la actualidad. Muchos obstáculos han existido para el estudio arqueológico de los campos de batalla y su reconocimiento como sitios arqueológicos válidos, susceptibles de ser localizados, prospectados y eventualmente excavados e interpretados como cualquier otro tipo de sitio. Durante mucho tiempo predominaron opiniones como la del famoso arqueólogo estadounidense Ivor Noël Hume⁶⁶:

“Poco de utilidad puede decirse acerca de los sitios de campos de batalla. Si uno de los bandos tuvo tiempo de atrincherarse, tal vez queden los restos de esas fortificaciones; si no, el sitio tendrá poco que lo distinga, excepto tal vez por algunas tumbas y materiales dispersos que pueden rescatarse con el uso de un detector de metales. No puede existir ninguna estratigrafía significativa (en lo que concierne a la batalla), y la recolección de reliquias se convierte entonces en el único propósito posible.” (Traducción del autor)

Sin embargo, el desinterés inicial, que tenía también un fundamento teórico (al ser eventos aislados y de corta duración no concitaban interés en el marco de los paradigmas teóricos dominantes), ha sido finalmente superado. Decenas de campos de batalla son actualmente estudiados en todo el mundo,

⁶⁴ Carlson-Drexler, Carl G.; “Conflict archaeology: studying warfare...”; Op. Cit. Starbuck, David R; *The archaeology of forts and battlefields*; Op. Cit.

⁶⁵ Geier, Clarence R.; Babits, Lawrence E.; Scott, Douglas D. y Orr, David G.; “‘The time has come’ the Walrus said, ‘to talk of many things...’: an introduction”; en Geier, Clarence R.; Babits, Lawrence E.; Scott, Douglas D. y Orr, David G. (eds.); *Historical Archaeology of military sites: method and topic*; Texas A&M University Press; College Station; 2011. Starbuck, David R; *The archaeology of forts and battlefields*; Op. Cit.

⁶⁶ Noël Hume, Ivor; *Historical Archaeology*; Alfred A. Knopf; New York; 1969; p. 188.



demostrando que la arqueología puede hacer una contribución decisiva, no sólo enriqueciendo las interpretaciones históricas, sino también cuestionando o incluso contradiciendo las narrativas históricas tradicionales de algunas batallas⁶⁷.

Si bien existen varios antecedentes de estudios tempranos de campos de batalla en el mundo (por ejemplo, el estudio de la batalla de Aljubarotta, 1385, Portugal, que tuvo lugar en los años 50 y 60⁶⁸; o los estudios de campos de batalla de la Guerra de Independencia en Cuba desarrollado en los años 60⁶⁹), es sin duda la investigación de la batalla de Little Bighorn (1876, Estados Unidos, enfrentamiento entre el ejército de Estados Unidos y guerreros Sioux y Cheyenne)⁷⁰ en los años 80, el verdadero punto de inflexión en este campo. Este estudio es el que se convierte en caso fundacional y paradigmático de la arqueología de campos de batalla, al diseñar una metodología adecuada para el estudio de este tipo de sitios arqueológicos, peculiares por su extensión y su falta de estratigrafía en sentido tradicional. Empleando masivamente detectores de metales (antes un elemento despreciado por los arqueólogos por su asociación con coleccionistas y saqueadores), registrando las distribuciones de distintos tipos de elementos bélicos en el terreno y analizando las marcas de los percutores en las vainas disparadas por distintos tipos de armas, los investigadores han sido capaces de reconstruir detalladamente los movimientos sobre el terreno de las tropas, e incluso de soldados y guerreros indios individuales. El abordaje arqueológico contribuyó a conocer los eventos con más precisión pero también contradujo algunas historias tradicionales de la batalla, apoyando en cierta medida la versión de los indios y colaborando, en definitiva, en la reinterpretación del hecho histórico. Tras esta investigación pionera, los estudios arqueológicos de campos de batalla han proliferado de tal manera que en sólo una década la arqueología de campos de batalla ha alcanzado su mayoría de edad en términos de métodos, trabajo de campo, generación de medios de difusión especializados y reconocimiento académico, siendo actualmente enorme la cantidad de tales sitios que

⁶⁷ Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit. Fox, Richard A.; *Archaeology, history, and Custer's last battle*; University of Oklahoma Press; Norman; 1993. Landa, Carlos; "Arqueología de campos de batalla en Latinoamérica..."; Op. Cit. Landa, Carlos y Hernández de Lara, Odlanyer (eds.); *Sobre campos de batalla: arqueología de conflictos...*; Op. Cit. Quesada Sanz, Fernando; "La "Arqueología de los campos de batalla". Notas para..."; Op. Cit.; p. 28.

⁶⁸ Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.; p. 44.

⁶⁹ Landa, Carlos y Hernández de Lara, Odlanyer; "Campos de batalla de América Latina: investigaciones arqueológicas de conflictos bélicos"; en Landa, Carlos y Hernández de Lara, Odlanyer (eds.); *Sobre campos de batalla: arqueología de conflictos...*; Op. Cit.; p. 40.

⁷⁰ Fox, Richard A.; *Archaeology, history, and...*; Op. Cit. Scott, Douglas D.; Fox, Richard A.; Connor, M.A. y Harmon, D.; *Archaeological perspectives on the battle of the Little Big Horn*; University of Oklahoma Press; Norman; 1989.



están siendo estudiados en todo el mundo⁷¹.

La naturaleza de este objeto de estudio específico ha llevado a desarrollar un corpus de técnicas especializadas más apropiadas para generar información relevante y suficiente, que las tradicionales en uso en la arqueología. El ya mencionado uso de detectores de metales a gran escala, combinado con el registro de los hallazgos con GPS y el uso de material cartográfico-topográfico permite cubrir fácilmente grandes áreas como las comúnmente abarcadas por los campos de batalla, siendo el objetivo primario obtener una cartografía detallada de los distintos tipos de objetos hallados y sus relaciones entre sí y con la topografía del terreno. Una vez que se cuenta con estos mapas de distribución de materiales sobre el terreno, se buscan patrones de distribución que permitan inferir eventos específicos de la batalla. El hallazgo ocasional de fosas comunes resultantes de las batallas sirve tanto para confirmar la localización de una batalla determinada como para, tras el análisis de los restos humanos, definir perfiles socioculturales de los combatientes en un período determinada o para, en ciertos casos, identificarlos individual o étnicamente⁷².

El uso de las fuentes históricas es fundamental en este tipo de estudios, pero puede ser problemático si se las usa acríticamente o se las considera de antemano como la versión correcta de la batalla. Si bien pueden constituir fuentes de información muy ricas, suelen incorporar también sesgos de distinto tipo⁷³. Por ejemplo, la confusión como experiencia predominante en una batalla determina una dificultad de obtener un panorama claro del desarrollo de una acción, incluso para los comandantes, por la tensión, el miedo, la superposición de acontecimientos simultáneos en diferentes partes del campo de batalla, las nubes de polvo y humo que se levantan sobre el mismo y las limitaciones a la visión que impone la topografía. Todo esto hace que el participante pueda narrar mejor la experiencia y sensaciones del combate, pero que su capacidad de narrar el conjunto sea menor que la de un historiador. A su vez, los informes oficiales en toda la escala jerárquica contienen generalmente errores derivados de estos factores,

⁷¹ Para Latinoamérica ver: Landa, Carlos y Hernández de Lara, Odlaner (eds.); *Sobre campos de batalla: arqueología de conflictos...*; Op. Cit. Para el resto del mundo, ver (entre otros): Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit. Starbuck, David R; *The archaeology of forts and battlefields*; Op. Cit.

⁷² Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.; pp. 53-54; Starbuck, David R; *The archaeology of forts and battlefields*; Op. Cit.; capítulo 8. Sutherland, Tim L. y Holst, Malin; *Battlefield archaeology: a guide to the archaeology of conflict*; British Archaeological Jobs Resource; 2005. <http://www.bajr.org/documents/bajrbattleguide.pdf> (acceso mayo de 2015)

⁷³ Quesada Sanz, Fernando; "La "Arqueología de los campos de batalla". Notas para ..."; Op. Cit.; p. 28.



así como distorsiones intencionales resultantes de los intereses y puntos de vista de los actores. En suma, como resume Fernando Quesada Sanz⁷⁴: “Confusión y caos. Perspectiva limitada. Intereses personales: la suma de todos estos aspectos hace que las narraciones de una batalla sean siempre de delicada interpretación”. A raíz del reconocimiento de estos problemas, el consenso actual reside en emplear el registro histórico y el arqueológico como conjuntos de datos independientes, y contraponerlos para detectar ajustes y desajustes entre ambos, evitando en lo posible interpretar uno en función del otro. La visión más generalmente aceptada en la actualidad consiste en buscar un enfoque interdisciplinario, que emplee arqueología e historia para lograr el objetivo común de conocer mejor el pasado.

El foco de la arqueología de campos de batalla está puesto, mayormente, en el estudio de la forma que tomó el conflicto, específicamente las armas utilizadas, su uso y los patrones de depositación resultantes, acompañado en algunos casos por reconstrucciones del paisaje al momento de la batalla. El objetivo implícito o explícito se relaciona casi siempre con informar sobre la acción militar pasada, reconstruyendo posiciones y movimientos de tropas o incluso individuales, aspectos técnicos relacionados con el empleo de distintas armas (tales como campos de fuego, alcance), así como detalles acerca de equipos y vestimenta empleados por los contendientes, haciendo de esta manera que su enfoque sea más congruente con la historia militar que con la antropología⁷⁵. Este tipo de enfoque ha sido denominado “enfoque histórico militar particularista”⁷⁶ y puede decirse que aún predomina en el campo de la arqueología de campos de batalla. A diferencia de lo que ocurría con el estudio del conflicto armado prehistórico, no se incorporan en general preocupaciones o intereses de investigación que aborden los campos de acción, estructuras y disposiciones sociales relacionadas con la guerra⁷⁷. Los enfoques teóricos que informan a la arqueología de conflictos prehistóricos (ver más arriba) son virtualmente inaplicables en estos casos y tampoco ha habido intentos serios de aplicar otros enfoques de teoría social a este tipo de estudios. A pesar de los intentos de varios autores de generar construcciones teóricas para interpretar el

⁷⁴ Quesada Sanz, Fernando; “La “Arqueología de los campos de batalla”. Notas para ...”; Op. Cit.; p. 28.

⁷⁵ Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel...”; Op. Cit. p. 33. Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.; p. 59.

⁷⁶ Carlson-Drexler, Carl G. “Conflict archaeology: studying warfare...”; Op. Cit.; p. 32.

⁷⁷ Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel...”; Op. Cit.; p. 33.



comportamiento militar en los campos de batalla⁷⁸, el estudio arqueológico de campos de batalla sigue siendo mayormente descriptivo y virtualmente ateórico, constituyendo una deuda pendiente en el desarrollo de este floreciente campo disciplinar.

En este trabajo sólo podemos intentar esbozar algunas posibles vías para superar esta situación y nos limitaremos a mencionar potenciales líneas de trabajo. En primer lugar, el estudio de campos de batalla pone a la arqueología ante la posibilidad de abordar el estudio de eventos puntuales o acontecimientos, una ocurrencia en extremo rara en la arqueología tradicional, que estudia procesos de largo plazo a través de restos de cultura material acumulados durante extensos lapsos temporales. La arqueología de campos de batalla ha demostrado sobradamente cómo puede enriquecer notablemente la descripción, comprensión e interpretación de eventos de este tipo, breves (en términos arqueológicos) y circunscriptos por naturaleza, en muchos casos contradiciendo visiones previas firmemente establecidas. Para evitar que su contribución quede reducida apenas a una historia *événementielle* mejorada, los arqueólogos que estudian de campos de batalla pueden volcarse a la historia, a buscar en posturas teóricas que valoran el acontecimiento en su relación con estructuras y procesos de otras escalas, el soporte necesario para trascender la mera descripción de los mismos⁷⁹. Un ejemplo de esta dirección es el abordaje que emplea William Altizer⁸⁰ en su análisis multiescalar de la batalla de El Caney (Guerra Hispano-Norteamericana, 1898), donde aplicando una perspectiva basada en el “perspectivismo temporal” de Geoff Bailey y las “duraciones” de Fernand Braudel, intenta desentrañar los procesos de distinto nivel, escala y duración que confluyen en una batalla puntual.

En segundo lugar, sería de gran importancia combinar siempre el estudio de campos de batalla con el de campamentos previos y posteriores a las batallas, cuarteles de invierno, centros de abastecimiento y producción de armas, instalaciones militares en tiempos de paz, hospitales militares, campos de prisioneros,

⁷⁸ Por ejemplo: Fox, Richard A. y Scott, Douglas D.; “The post-Civil War battlefield pattern: an example from the Custer battlefield”; en *Historical Archaeology* 25; vol. 2; pp. 92-103; 1991. Scott, Douglas. D. y McFeaters, Andrew P.; “The archaeology of historic battlefields: a history and theoretical development in conflict archaeology”; en *Journal of Archaeological Research* 19; pp. 103-132; 2011.

⁷⁹ Korol, Juan Carlos; ““Duraciones” y “paradigmas” en la Escuela de los Annales”; en *Punto de Vista* 23; pp. 18-25; 1985. Existen en arqueología intentos en este sentido, por ejemplo: Bailey, Geoff N.; “Concepts of time in Quaternary prehistory”; en *Annual Review of Anthropology* 12; pp. 165-192; 1983. Harding, Jan; “Rethinking the Great Divide: long-term structural history and the temporality of event”; en *Norwegian Archaeological Review* 38; vol. 2; pp. 88-101; 2005.

⁸⁰ Altizer, William E.; “Time perspectivism, temporal dynamics, and battlefield archaeology: a case study from the Santiago Campaign of 1898”; en *Nebraska Anthropologist* 36; pp. 62-79; 2008.



entre otros, de forma de contextualizar material y humanamente a las batallas. De esta manera, se puede comenzar a entender a los ejércitos como colectivos humanos o instituciones sociales, autónomos o semi-autónomos en ciertos casos, pero siempre en relaciones tensas con las sociedades a las que sirven y de que forman parte, de las que no siempre son reflejos exactos. La aplicación de distintas vertientes de teoría social actual, como la teoría de la práctica o nociones de agencia, puede a su vez enriquecer enormemente estas caracterizaciones, y dada la importancia que atribuyen a la cotidianeidad y a la acción informada de actores individuales, servir para comenzar a construir una perspectiva no sólo más generalizadora de la guerra y su contexto, sino también una perspectiva “*bottom-up*” de la misma, con los soldados y civiles ordinarios como protagonistas en vez de los grandes comandantes, como suele ocurrir en la historia militar más tradicional.

Consideraciones finales

El somero, y seguramente incompleto, recorrido por el desarrollo y estado actual de la denominada Arqueología de Conflicto ha querido principalmente mostrar la diversidad de temáticas y enfoques teórico-metodológicos que se engloban bajo el paraguas de esta generalizadora etiqueta. Como se intentó señalar, la heterogeneidad de casos de estudio y problemas de investigación tratados, así como la diferente naturaleza de la información básica con que se trabaja, hacen que sea inexistente un enfoque teórico abarcador que pueda aplicarse por igual a situaciones prehistóricas e históricas de violencia socialmente organizada y convalidada, beligerancia y conflicto armado. Por el estado actual del campo disciplinar, con los investigadores que se dedican a ambas temáticas formando grupos separados y con poca o nula intercomunicación, se hace extremadamente difícil pensar en que se pueda lograr cierta unidad de metas, criterios básicos de investigación y aplicación de lineamientos teóricos comunes a ambos campos, por lo menos a corto plazo. Esto complica la situación de aquellos, que como este autor, intentan desarrollar el estudio de ambos tipos de conflictos.

Han existido, sin embargo, propuestas para hacer confluir ambos campos y consensuar un



acercamiento común para ambos tipos de casos de estudios⁸¹. En general, se busca esta integración en la aplicación del enfoque antropológico típico de la arqueología, inclusive a casos donde tradicionalmente se ha vinculado más el análisis con la historia militar tradicional. Esto permitiría sacar partido de las fortalezas de arqueología y la antropología para obtener una mejor apreciación de la capacidad humana para la violencia⁸². De esta manera, se apunta a construir un enfoque más amplio del estudio del conflicto violento dirigido a incluir su contexto y significación a varios niveles, que busque resituar a la guerra en su contexto de prácticas sociales, entendiéndola como acción social violenta enmarcada en una lógica cultural. Pero también que lleve a cuestionar los mitos contemporáneos acerca de la guerra (y no reproducirlos en los trabajos); a intentar comprender las motivaciones, acciones y sentimientos de combatientes y no combatientes; a incorporar realismo evitando tomar un enfoque racional y desapasionado; a estudiar el significado actual de campos de batalla y monumentos conmemorativos como paisajes políticos disputados. En definitiva, a crear una “arqueología social de la guerra” que produzca narrativas más humanas y menos idealizadas de la guerra y comunique adecuadamente el sufrimiento humano que su práctica acarrea⁸³, teniendo siempre presente la advertencia del arqueólogo estadounidense Randall McGuire⁸⁴:

“La gente no es por naturaleza belicosa ni pacífica; algunas condiciones llevan a la guerra, mientras que otras no...Nuestra meta como arqueólogos debería ser estudiar esas condiciones.” (Traducción del autor)

Recibido: 15 de Julio 2015

Aprobado: 21 de septiembre 2015

Versión Final: 30 de noviembre 2015

⁸¹ Arkush, Elizabeth; “Hillforts and the History Channel...”; Op. Cit. Carlson-Drexler, Carl G. “Conflict archaeology: studying warfare...”; Op. Cit.; Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.

⁸² Carman, John; *Archaeologies of conflict*; Op. Cit.; p. 87.

⁸³ Gilchrist, Roberta; “Towards a social archaeology of warfare”; Op. Cit. Vandkilde, Helle; “Commemorative tales: archaeological responses to modern myth, politics, and war”; en *World Archaeology* 35, vol. 1; pp. 126-144; 2003.

⁸⁴ McGuire; Randall H.; “Stories of power, powerful tales: a commentary on ancient Pueblo violence”; en María O’Donovan (ed.); *The dynamics of power*; Center for Archaeological Investigations Occasional Paper n°30; Southern Illinois University; Carbondale; 2002; p. 141.

